

REESCRIBIR LA HISTORIA DOMINICANA

Para nosotros, contemporáneos, la reescritura de la propia historia aparece como uno de los gestos fundamentales de una sociedad viva. No se trata sencillamente de falsar interpretaciones anteriores, demostrando que una novedosa y revolucionaria labor historiográfica pone punto final a la discusión sobre el curso temporal de una comunidad humana. Hoy sabemos que al escribir historia nunca se logra una explicación científica ("objetiva", "exhaustiva", "apodíctica") de lo acontecido. El historiador, la historiadora, hablan más de su presente, incluso sin quererlo, en la manera de seleccionar y abordar los temas de su pasado. Ella, él, forman parte de un tejido social que tiene una sensibilidad particular y una perspectiva. Al escribir, profundizan las convicciones y los conflictos de la forma de vida donde realizan su oficio de historiador. Y, es bueno señalarlo de paso, al mismo tiempo profundizan las propias convicciones y conflictos cocinados en el horno de su biografía personal. Sin embargo, el ideal de la objetividad histórica sigue proyectando su sombra y anima la investigación.

Michel de Certeau ha precisado que el oficio de historiador como escritura objetiva del pasado es un gesto exclusivo de la modernidad. Hasta el siglo XVI, el mito, la tradición oral o la Sagrada Escritura se encargaban de hacer presente el pasado. El

ESTUDIOS SOCIALES 133

pasado marcaba, con su autoridad, el ritmo del presente. Por el contrario, la labor historiográfica moderna, con su afán de objetividad, hace del pasado algo ausente, despojándola de su autoridad para el presente. Como consecuencia no buscada de su acción, la labor historiográfica moderna se ve abocada a una sorprendente paradoja: al escribir del pasado sin abandonar el deseo de seguir las reglas de la buena narración de ficción, el historiador, la historiadora “dan voz” a un pueblo, a una región, a unas clases sociales o a un héroe olvidado que necesariamente han de estar ausentes en la tarea de redacción. Esta voz historiográfica no es la misma voz del pueblo, de la región, de las clases sociales o del héroe olvidado. La voz originaria ha sido pacientemente reconstruida a través de documentos y testimonios diferentes, que han sido a su vez sometidos a diferentes tipos de análisis. Al final del trayecto, toda esta labor con pretensión científica debe procurar una forma literaria que haga de su relación del pasado algo aceptable para los oídos contemporáneos, con sus exigencias estéticas y existenciales. El historiador, la historiadora, ha instalado su industria, que acaba su tarea con la publicación de un artículo o libro en el mercado editorial.

Dar cuenta de la producción de verdades históricas modernas no implica, empero, un abanderamiento por el escepticismo radical. Por un lado, puede ponernos en contacto con la biografía de los mismos autores; por otro lado, puede ofrecernos una radiografía de la sociedad en que éstos realizan su oficio. Así, el ideal historiográfico de una escritura objetiva del pasado nos invita a ser lectores atentos. A fin de cuentas, la historiografía nos puede hablar de la vida misma en que nos movemos, somos y existimos, con su juego de espejos.

En un artículo iluminador publicado en *Estudios Sociales* (n. 124), el historiador holandés Michael Baud nos proponía comprender la modernidad dominicana con el adjetivo “fragmentada”. En su opinión, conviven en el tiempo y el espacio dominicanos actores, prácticas e instituciones muy disímiles. Junto a los más sofisticados aparatos de Internet y vehículos de último

modelo, encontramos velas para alumbrarse en largas noches de apagones y carretas con burros famélicos llevando frutas por grandes avenidas. Si Michel de Certeau escribió sus reflexiones sobre la historiografía desde su Francia natal, pensando en una modernidad madurada en bloque, ¿qué historiografía puede surgir en una modernidad fragmentada? Los artículos históricos de este número pueden ser considerados una respuesta en acto a esta pregunta.

En una modernidad fragmentada, la labor objetivadora de la escritura histórica ha de ser también fragmentada. Desde Puerto Plata, en otro tiempo capital económica del país, Juan Ventura nos habla del principal biógrafo dominicano, Rufino Martínez, como “un puertoplateño ilustre”. La escritura de Ventura no desea ocultar cierta nostalgia romántica, con guiños de barroco caribeño, al querer hacer justicia a un biógrafo tan destacado del que nunca se ha escrito su biografía. ¿Nos hemos olvidado de los puertoplateños y sólo pasamos por Puerto Plata rumbo a hoteles que pierden competitividad en el mercado turístico? El mismo género de biografía que ha predominado en la bibliografía dominicana merecería una reflexión aparte por su vecindad con el género hagiográfico. Esto nos hablaría de la necesidad que tienen las comunidades humanas modernizadas fragmentariamente de contar con héroes ejemplares. Y quizá descubramos que la modernidad no es tan monolítica ni siquiera en la Francia de Certeau.

Ricardo Hernández, con una escritura más sociológica, nos habla también entrañablemente de su Cotuí natal. En su opinión, los procesos de globalización han hecho que el interés historiográfico se vuelque sobre los acontecimientos locales. La globalización fragmenta la realidad y con la realidad fragmentada se fragmenta la labor historiográfica. Este nuevo punto de vista permite concluir a Hernández que la historia local es una tarea pendiente en la historiografía dominicana. Si miramos sus conclusiones, esta historia quizá nos enseñe cómo desde la Colonia la mayor parte de los pueblos dominicanos se han visto empu-

ESTUDIOS SOCIALES 133

jados a la pobreza, sobre todo ambiental, por las grandes transformaciones económicas que se han dado aceleradamente en ellos bajo el comando de intereses foráneos, no dispuestos a acompañar el ritmo de crecimiento de la población local.

En la discusión historiográfica dominicana, no podía faltar una revisión del modo de escritura del “Profesor” Juan Bosch. Leyendo el artículo de Quisqueya Lora, descubrimos que el trasfondo hostosiano de Bosch nos remite a aspectos básicos del denominado “positivismo latinoamericano”: una concepción lineal de la historia asociada al progreso capitalista, una especie de escepticismo sobre los valores políticos de la población nacional y una intención didáctica de la escritura. Así “el Profesor” querrá hacernos conscientes de nuestra “arritmia histórica”, es decir, de la incapacidad de los dominicanos para construir una nación desarrollada según los patrones capitalistas. El peculiar marxismo que integró Bosch en sus escritos históricos más recientes no lo liberó de su afán moralizador. Su vocación literaria –Bosch es nuestro narrador de cuentos por excelencia– tampoco le permitió, según Lora, abandonar el “psicologismo” cuando se interesó por el análisis de las clases sociales en la historia nacional dominicana. La “pequeña burguesía”, categoría central para entender el comportamiento de clase en República Dominicana, se fragmenta sobre todo por la diversidad de “aspiraciones”. Ahora bien, para Lora, el análisis de la obra historiográfica de Bosch queda inconclusa, a la espera de nuevas precisiones que den cuenta de esta escritura que refleja claramente, a nuestro entender, la modernidad fragmentada dominicana.

La tesis social de la nación moderna como un acto de imposición violenta se ve retomada en el artículo de Richard Lee Turits que estudia de manera novedosa la masacre haitiana de 1937. Este historiador norteamericano lleva años estudiando dicha masacre. El artículo de Turits puede llegar a ser polémico. La misma masacre, escrita con sangre, vino acompañada de una escritura de la historia que no sólo opuso a dominicanos y haitianos, sino a los dominicanos entre sí. Hubo una concepción elitista de nacio-

alidad promovida por una labor historiográfica al servicio de la dictadura. Certeau señala que los primeros trabajos historiográficos de la modernidad fueron realizados por escritores que eran al mismo tiempo funcionarios del Estado moderno. Este “lugar de producción” necesita imponer sus verdades y legitimar sus violencias contra las poblaciones que no se ajustan a sus demarcaciones administrativas. Para la primera historiografía moderna, la Providencia no lleva la historia, sino la “acción política” burocratizada. Implícitamente, un trabajo como el de Turits nos invita a pensar en modos alternativos de ejercer el oficio de historiador, pues los fragmentos de nuestra modernidad no pueden recomponerse con la violencia de Estado. La nueva historiografía ha de escribirse fuera de este “lugar y sus verdades” que es el Estado nación moderno. Una metodología como la historia oral o la ayuda de nuevas categorías etnográficas (Turits nos habla siempre de “haitianos étnicos”, es decir, de una población que no es ni dominicana ni haitiana desde un punto de vista etnográfico) parecen necesarias en esta labor de entender una identidad isleña que no es monolítica.

Nuestro número cierra con un documento, multidimensionalmente historiográfico. Un joven historiador dominicano, Raymundo González, escribe con ocasión del homenaje a un veterano historiador dominicano, Emilio Cordero Michel. El texto de González presenta el libro –histórico, por supuesto– que sirvió para rendir reconocimiento a este luchador por una sociedad dominicana más justa. Uno de los artículos del libro señala precisamente la íntima unión entre escritura de la historia y biografía. Según el testimonio de esta semblanza, escrita por un historiador cubano, Cordero Michel es un historiador “furioso”. Cuenta cómo esa furia le llevó a enfrentarse, en una de sus investigaciones, “contra trabas y funcionarios que le impedían consultar los documentos cubanos de la expedición del 14 de Junio de 1959”. (Ver un artículo fruto de esta investigación en el número 88 de nuestra revista). Estudios Sociales saluda con simpatía esta santa furia historiadora en busca de paz. Y quiere hacer humilde homenaje con este número al sujeto que la padece, por la amistad sincera

ESTUDIOS SOCIALES 133

mostrada hacia nuestro trabajo editorial. Sencillamente podemos dar gracias por la vida de Emilio Cordero Michel. Ella nos invita a seguir reescribiendo nuestra historia con entrañas de sinceridad.